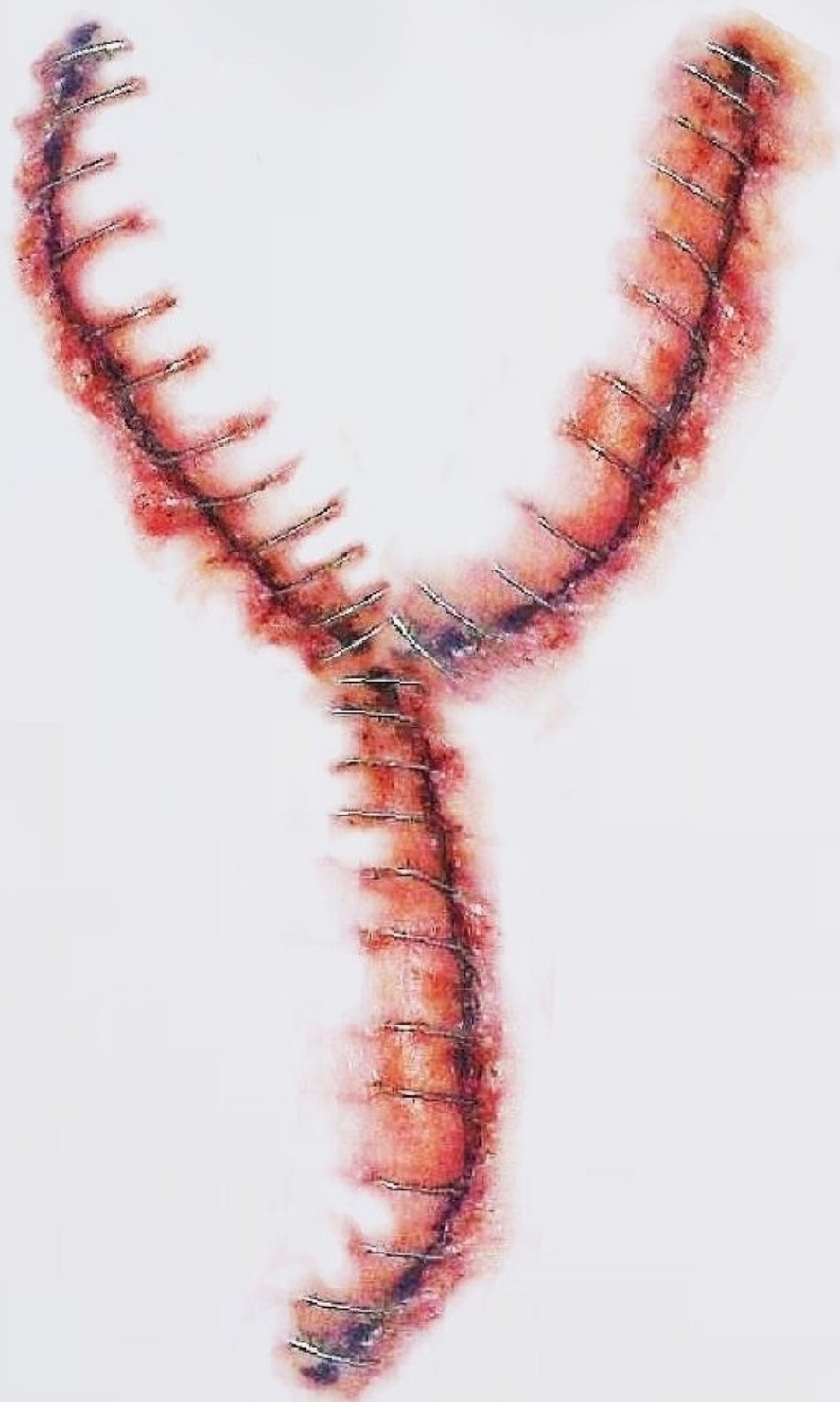


AUTOPSIA DE UN PAPEL



Raúl Iglesias

AUTOPSIA DE UN PAPEL



Raúl Iglesias Blanco



safecreative



1 102158 501466

INFO ABOUT RIGHTS



EDICIONES ZAMBURRIO

© Raúl Iglesias.



Esta prohibida la reproducción total o parcial de este libro, su tratamiento informático, la transmisión de cualquier forma o de cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, copias, registros u otros medios, sin el permiso previo escrito del titular del Copyright.

Este es un ejemplar que el autor obsequia de forma altruista y gratuita: **está terminantemente prohibido comerciar con él.**

Puedes dejar tu opinión comentario o sugerencia
en: estircolyrosas@hotmail.com

SEQUIA

Avergonzados, los filos
se mellan contra las piedras,
sollozando de su acero,
sobre quejumbrosa tierra,
que de ser cauce de sangre
aguanta hasta que se anega
y, se convierte en el barro
con el que de nuevo crea,
algún alfarero loco
a los nuevos Adán y Eva,
portando escudos y espadas
para degollar cabezas,
de los que aún sin usarlas
son osados y las llevan.
Se secaron los afluentes
donde las reses abreven
y, ahora mueren de sed,
sin varas que pastorean,
junto a un suelo cuarteado
donde depositan velas,
los campesinos humildes,
a los que el hambre les lleva
hasta oscuros monasterios,
en donde Cristo reyerta
contra su madre la virgen
y los santos de madera,
por un trago de la pila
que jamás estuvo llena.
Apenas quedan bocados;
apenas dientes y muelas,
para las lengua mascar,
que hablaban en lenguas muertas,
las últimas palabras
que ni el viento se las lleva,
por que portan los pecados
y tantos pecados pesan.

LA FLOR

Me ha nacido una flor
al lado izquierdo del pecho:
antes, yo no lo sabía,
pero amor debe ser esto.
Aunque tuviese dos ojos,
siempre había estado ciego,
por que uno no ha visto nada
si aún no ha visto tú cuerpo,
tan escultural, tan pulcro,
tan totalmente perfecto,
que aunque acabase de beber,
ante el me siento sediento.
Aunque hube echado raíces,
me arranqué hábil de mi tiesto,
cuando pasó tú semblante
por mi balcón entreabierto:
que la mi agua es tú saliva;
mi sol tus ojos abiertos;
me basta para crecer
saber que no es sólo un sueño.
Que me envíe Dios cien plagas;
Thor el mejor de sus truenos,
por que después de probarte
ya me da igual si me muero:
hay que saber retirarse,
aunque eso sea a destiempo,
por que el no equivocarse
siempre es el mejor acierto.
Maldicen las mariposas
lo endiablado de su vuelo:
quisieran volar tan firmes
como se muestran tus pechos.

También quieren el color
que desprendes de tú gesto,
siempre con esa sonrisa
que levantaba a los muertos.
Siempre me costó decir
aquello de que te quiero,
pero las palabras sobran
cuando el amor es sincero.
Quizás creí no poder,
pero ya veo que puedo
tener en el corazón
a la reina de mi lecho.

PESTILLOS

Recuerda lo que brotó;
olvida lo que no fuimos,
caminando sobre el hierro
de la alabrada de espino,
en donde pudrió la lana
que nunca jamás quisimos
y, cuando llegó el invierno
lo pasamos sin abrigo.
Degollaste mi gaxnate,
tan suave y con tanto mimo,
que me di por conformado
mientras me ahogaba en mi mismo.
Abrieron más las heridas
el cerrar de los pestillos,
que chirriaban oxidados,
aunque tuvieran más brillo;
más que el corazón del sol
que yace ya consumido,
bajo la cámara oscura
que retrataba el camino,
donde morían de viejos
los desconsolados niños.
Cuando llegó la locura,
ya ni si quiera corrimos,
y esperamos como tontos
sin saber como pudrirnos,
aquí, debajo del árbol
que regaron con gatillos;
y caímos como el plomo
apenas recién nacidos.
Ni tú fuiste mi mujer
ni yo nunca tú marido:

cuando dijimos que sí,
engañamos y mentimos
al mismo Dios que esperaba
con Satán en los abismos,
a llenar con nuestra carne
algún puchero vacío.

PRINCESAS

Tú, amor, sólo camina;
tú camina y yo te sigo:
si vuelas, me saldrán alas;
si eres sangre me haré filo.
No me asusta la batalla,
pero prefiero y me humillo
-para vivir a tú lado-
a los pies del enemigo:
No morire ante acero
que ya no se muestra esquivo
y quiere rasgar mis carnes;
las que compartí contigo.
A tú lado los otoños
ya no visten de amarillo,
y los árboles caducos,
lucen follaje tupido,
sobre el que alivian tus labios,
que comparten con los míos,
la saliva de oro y plata
que es premio pero es castigo.
Si te hundieses como un ancla,
compartiremos abismo:
que importa estar en el fondo
estando en el sitio mismo.
Y si te mueres me muero
y, si revives revivo
y, si tus labios son rifles
que me acribillen a tiros;
a este pobre bandolero,
a este sucio forajido,
que quiso robar tus ojos
obcecado con su brillo.

Prométemelo preciosa;
nunca abriremos el pico
para el graznar oxidado;
solamente para el trino
que reconstruya las ruinas,
que desande los caminos,
que retroceda relojes
al día en que nos conocimos;
que fue, sin duda, mi cielo,
el más feliz de mi sino:
si yo ya tengo princesa
¿para que quiero castillo?

LA PEYA

Quítame el collar cochambre:
es tan corta la correa,
que cuando giro el pescuezo,
al comedero no llega,
mi boca desvencijada
que sólo el hambre alimenta.
Oí vaciar las cananas
sobre la mismita pella
de barro mal amasado
que sería Adan y Eva.
Alguno fue precavido,
disparando bajo el lema:
"no necesitamos paz
si nunca empieza la guerra".

VIDA

Su boquita es el barranco,
en el que adrede despeño,
mis labios contra sus labios
para que mueran en beso.
Nunca encuentro las palabras
que definan lo que siento;
es tan sumamente enorme
que no lo abarca un "te quiero".
Resultaba inexplicable;
es algo ,tan, tan inmenso,
que a su lado el infinito
parecía algo pequeño.
Sus dos ojos son los pozos
con los que a menudo riego,
los recovecos de un alma
que daba sentido al cuerpo:
un alma, hoy florecida,
que da de espaldas a un fuego,
que un día tentó con llama
y casi la tuvo dentro.
Sus dos ojos son los pozos
donde lleno los calderos,
de un verde que no existía
ni en el color de los sueños.
Le ayudé pronto a quitarse
aquel collar de su cuello,
por que ella no era mi perra
ni tampoco yo su dueño
y, dándome de su vera,
ella supo agradecerlo.
Yo siempre me preguntaba
"¿por que no estará en el cielo?"
Que es donde están las estrellas
y donde están los luceros.

Yo mismo me respondía
que la enviaron a vernos,
por que los de aquí debajo
también tenemos derecho
a disfrutar la presencia;
presencia de algo tan bello.

MI SOMBRA

Siempre pisando mi sombra
y nunca rencor me guarda;
me sigue obediente y fiel
a donde quiera que valla:
si yo la zancada apuro,
ella apura la zancada.
Va recogiendo del suelo
las raíces de las zarzas:
las transforma en bellas flores
que regala a las zagalas,
tiñendo todo de luz,
con la luz que a ella le falta.
De noche no se la ve
cuando toda luz se apaga,
pero yo la siento cerca,
aferrada a mis pisadas
y, se acuesta junto a mi
compartiendo misma cama
y, la cama nos soporta
por que mi sombra es liviana.
Recorrimos los senderos
que el asfalto no tiznaba:
yo acariciaba el aire;
ella la hierva y las plantas,
que adoquinaban silvestres
mientras acogen y aman.

EL LUNES

Nos suele pasar que el martes
nos acordamos del lunes:
así me sucede ahora;
que recuerdo que re tuve.
En mi eterno escalofrío,
guardo un trocito de lumbre,
para que deshaga el hielo
que bajo mi pecho cruje;
bajo el peso de las huellas
de una pena que se hunde
a empaparse de una sangre
tan negrísima que asume,
que sus noches son más noches
si sus venas las conducen.
Dentro de mi gran hoguera
guardo un pedazo de cumbre,
con la nieve blanca y fría
que sostendrá mi derrumbe,
ahora que no la encuentro
ni recuerdo su perfume:
quizás olía a las rosas,
o al abono que me cubre.
Hoy, con el alma doblada,
cada trozo de piel sufre
-recubriendo los tambores-
al vaivén al que sucumben,
en cada larga mañana;
en cada noche sin lustre.

EL LUGAR

Cuando el camino se acaba
y el desandar es tan largo,
me quedo a pacer del suelo
y beber de cada charco,
en este calmado valle
que al fin di por encontrado,
lejos de las chimeneas
y su pariente el asfalto.
Haré una gran cama negra
con las plumas de los grajos,
para que duerma mi sombra,
por fin, sobre algo más blando,
que el adoquín de la acera
que le hacía tanto daño.
Quizás, imite a algún Dios
con un puñado de barro
y amasaré un compañero
para compartir mis pasos;
que son pocos, pero pesan
como el ancla de un gran barco:
el levarse en compañía
siempre será más liviano.
Comeremos de la brisa
que amortiza su bocado,
sin desgastarnos los dientes;
sin ennegrecer su blanco,
que ayudará a las mañanas
a amanecer sin reparo
y, que jamás olvidemos
todo lo que vale un claro.
Ya nunca habrá que esperar
a que nos llegue otro mayo,

por que las flores abundan
los doce meses del año,
en estas tierras lejanas
que nos tendieron la mano
sin siquiera preguntar
si éramos buenos o malos.
Aquí dorados galones
no simbolizan el rango,
ni el ser un ser racional
garantiza el ser humano.
Aquí no basta el decir;
también hay que demostrarlo:
equivale una caricia
a infinitos puñetazos.

AHORA

He perdido la razón
litigando con mi mismo.
Me enredé con el semblante
del abrazo del espino,
que me cuenta que la herida
es la otra mitad del filo.
Cuando el surco de la arruga
secciona aún siendo niños
y el cordón umbilical
está enganchado a un abismo,
debemos de guarecernos
en un lugar al abrigo,
en donde las marionetas
no sepan mover sus hilos.
Y volvió a frotar la manga
la lámpara de Aladino:
¿porqué nos atraerán tanto
las cosas con tanto brillo?
Que más da si los deseos
se convierten al cumplirlos
en la mayor hecatombe;
en un severo castigo:
para juzgar al avaro
no hay mejor juez que el destino.
Me enseñaron que el dinero
dista poco a ser divino;
pero aprendí a olvidarlo
a base de repetirlo.
Hoy, envuelto en la chatarra
he levantado castillo:
no necesito sirvientes;
me basta conmigo mismo.

Que bajen todos los dioses
que habitan en el Olimpo,
y den de comer al pobre,
y sanen al malherido,
con sus boyantes hazañas
que nunca jamás creímos;
por que podemos ser batos
o aparentar no ser listos.
Desprecié todo regalo
sin ni siquiera el abrirlo:
lo que cabe en una caja
nunca fue para mi digno.
Yo prefiero una caricia,
el levar de un torpe guiño,
una risueña sonrisa,
un abrazo sin pedirlo.
¿Y para que complicarnos
con absurdos logaritmos?
Si el existir ya es complejo
y ya es difícil vivirlo,
en este valle en penumbras
que ni el sol osa cubrirlo.
¿Porqué no nos conformamos
con lo que al nacer nos vino?
Tú, te quedas en tu cuerpo
y yo me quedo en el mío.

DELICIAS

Entre la miel y su carne,
me vi al instante atollado;
destapaba la delicia
y luego cerraba el frasco:
creo el único no ser,
sin aire, que yace ahogado.
Sus ojos tienen el brillo
de los crepitantes rayos;
pero igual de destructivos,
al final me atravesaron
de la derecha a la izquierda;
desde arriba hasta debajo,
convirtiéndome en el humo
de un fuego mal apagado.
Una batalla tras otra,
haciendo otoños de mayos;
cayendo junto a las hojas;
floreciendo derrotado,
con los pétalos canosos
y joroba sobre el tallo.
Es duro crecer en roca
estando al lado del prado,
pero cuando toca hacerlo,
pues hacerlo con apaño:
de que vale desertar
si nunca fuimos soldados.
Las caderas en jauría,
afilaban el bocado,
para desgarrar el cuerpo;
el cuerpo que desgarraron
una vez tras otra vez,
anocheciendo o temprano:
no era que uniese la soga;
es que preparaba el lazo.

CUATRO RECUERDOS

En un rincón del olvido,
de guardar me he acordado,
tres de mis cuatro recuerdos
que merecen ser guardados.

El primero es el de ella;
del que fui un torpe esclavo,
sucumbiendo a los caprichos
que sus labios me dictaron,
con esa lengua jugosa
que disfrazaba el bocado.
Sucumbí a su traición
y me vi crucificado:
no me cambió por monedas;
salí mucho más barato;
pensó que no merecía
que por mi alma diesen algo.
La desterré de mi vera
y mis ojos no lloraron;
debe ser por que al final
se dieron por enterados,
de que "estúpido, cobarde..."
nunca fueron un alago.

El segundo es para ella,
que me trató como un trapo,
limpiando de sus adentros
lo que otros le ensuciaron.
Mi corazón ,sólo fue
el campo donde brotaron;
lo primero, las espinas
para avisarme del cardo.
Se llevó todo el dulzor

que habitaba en mi pantano,
dejando una triste mar
con sus ropajes salados,
donde el intentar beber
era devolver el trago,
por que la sed es mejor
que morirse atragantado.

El tercero es para ella;
la que me propició el daño
apenas abrir la puerta,
apenas recién llegado.
No me quité ni el sombrero
por que el tiempo me robaron;
el perchero se esfumó
en cuanto lo hube lanzado.

El cuarto es un gran secreto:
todavía no ha pasado,
pero sabiendo mi suerte
no me pasará de largo
y, yo por si acaso, siempre,
ya lo voy almacenando;
quizás sea un pesimista
u optimista resignado,
que sabe que el olvidar
tan sólo es no recordarlo.

EL AHORCADO

Cuando el pedazo de carne,
sólo es la carne y pedazo,
en el rincón más oscuro
por mis adentros me arrastro,
buscando alguna rendija
que me cubra del ocaso,
que fustiga con negrura
lo que se mostraba claro.
Llevando sobre los lomos
el existir más estanco,
en donde los muertos peces
formaban podridos bancos.
Y ni el color de las flores
logró maquillarme el llanto:
era demasiado tarde
para el pobre mamarracho.
No basta con existir;
ser sólo el peso de pasos;
que todos andar podemos,
pero hay que saber andarlos.
Toda sombra se escurría
por las tablas del cadalso,
en cuanto izaron sus cuerpos
una mañana temprano.
Quizás, o tal vez quizás,
también yo soy un ahorcado,
que escribe desde el infierno
y con la pluma del diablo,
para avisar, caballeros,
que de nada vale el rango:
que la muerte no distingue;
tan sólo hace su trabajo.

LUZ

Al anochecer me rompo;
me compongo amaneciendo,
cuando el trino da la orden
de que ya se abran los cielos
y dejen pasar la luz
que me sirve de sustento.
Si hasta cuando estoy dormido,
si hasta cuando estoy durmiendo,
yo sueño con esa luz;
es con esa luz que sueño.
He clavado mi pupitre
sobre el lomo de un lucero;
el que alumbra lo que escribo
con su enorme filamento
y, me presta el sustantivo,
el adjetivo y el verbo,
cuando las musas se van
a pacer de otro tintero.
Jamás os cortéis las piernas
para no pisar el cepo,
por que el ser tan precavidos
es siempre vivir con miedo.
Mirad, dicen que no vale;
que no vale nada el cero:
pero sin ellos el cien
sería un uno, no un ciento.
Habrá que talar las lenguas
que hablaban en embustero;
que es ese maldito idioma
escarbado entre el estiércol
de los cielos de las bocas
que nunca estrellas tuvieron,
por que palabra a palabra,
se las tragaron su negro.

El día que no halla luz,
la compraré de estraperlo;
me conformaré con poca,
no me gustan los excesos:
con el poco me conformo;
lo que me racione Febo.
Si no logro mitigarlo,
me apartaré del estruendo,
a donde sólo susurre
sobre de mi tez el viento
y me cuente que en su vientre
no hay sitio para el invierno;
que alguna vez lo probó
y le resultó indigesto.
He vuelto a notar latido
en la topera del pecho:
un día estuvo vacío,
pero vuelve a estar repleto
de lo que soy, lo que eres
y todo lo que seremos.

EL RELOJ DE VIENTO

En una ermita sin nombre,
con santos sin apellidos,
el envejecer de piedras
amamantaba al derribo,
que despacio se aproxima,
sin apenas hacer ruido
y, se sale con la suya
como el niño consentido.
Se apagaron los faroles
dejándonos sin su brillo,
tan hartos de dar a luz
sin dolores y sin gritos.
Alumbrando las argucias;
las del más astuto mirlo,
que se pintaba de verde
para equivocarse al tiro.
Por allí pasa el semblante
mal ensamblado del río,
que las piedras desgastaba
con el pasar de su filo:
las piedras de la tez tersa
que echan de menos los picos,
de la juventud más tierna
que sólo supo del mimo.
La más noble baratija
es la que yo más envidio;
la que sabía que el oro
sólo es un canto amarillo.
La que sabe que el humilde
es más dichoso que el rico
y, que la tristeza mora
sólo en los pechos vacíos.
Comenta al que no lo sepa

que la vida es sólo un ciclo;
que pasa y se va sin más
y de nuevo es recibido,
por estas huellas sedientas
del transcurrir de camino,
que bebían de los pasos
que el que más o menos, dimos,
rasgando los calendarios
con una astilla de olivo,
que nos propicio el aceite
y el resbalón para hundirnos
y, a otros dejar el espacio,
por no saber compartirlo.

AUTOPSIA DE UN PAPEL

En la autopsia del papel
no desangraban los versos,
por que la sangre no fluye
entre los carriles muertos
y devastadas acequias
acechadas por lo seco.
Volaba con bellas plumas
la estrofa sobre el tintero,
parándose a descansar
en la rama del soneto;
dando puntos y finales
a sus hambrientos polluelos
para degustar, y así,
volver a empezar de nuevo.

CERDO Y POCILGA

No te preocupes preciosa,
que mi querer no escatima
en darte lo que mereces,
que no es menos que mi vida.
Ya está manido lo de,
tú, de mis ojos, la niña;
sabes tú de mi palabra
que nunca usa la mentira,
por que alguna vez que lo hice,
en mi yugular palpita,
los restos de alguna sangre
que no puede ir más arriba,
por que le lastra la culpa;
esa que es tan sólo mía.
¿Porqué mi boca es el cerdo
y la tuya la pocilga?
Por lo mismo, cielo mío,
que somos sed y cantina.
Me duele bien el pescuezo
de tanto mirar pa' arriba,
para ver alguna estrella
fugaz a la que pedirla,
que no te vallas de mí,
que no encuentres la salida,
que te saque de mi pecho
en tú prisión de costillas:
por que yo sin ti no vivo;
y eso es esencial querida.
Sabes como saben todos,
que justo cuando moría,
mi remedio apareció
en forma de una sonrisa.
No llegué a resucitar

por que morir no debía,
o eso te pensaste tú
al darme de tú saliva,
que es la cura a los pecados
que ya no cometería.
Hoy el diablo me ha escrito;
dice que jamás me olvida
y, que le enviase mi alma
acompañada de firma.
Pero guardaste las plumas;
también guardaste la tinta,
para que no contestase
aunque nuestros cuerpos riñan.
Preciosa, yo te prometo,
que ya, escriba lo que escriba,
serán sólo para ti
las palabras más bonitas.
Por que yo jamás me olvido
de ti, mi hada madrina,
que cuando estuve torcido,
me enderezó tú varita.

SIN MELLA

Tendí una gran luna llena,
con pinzas, en tus alambres,
para que sepas mi vida
que no he dejado de amarte.
Aunque tantas veces me hundo,
también voy soltando lastre,
si recuerdo que tú boca
también gustó de besarme,
dándome del alimento
que tan bien supiste darme:
con tus caricias y besos
nunca jamás pasé hambre.
Me llamaron don Quijote:
fue por mi locura amable,
degustando las quimeras
de luchar contra gigantes.
Pero tú, fuiste verdad;
a ti no pude inventarte;
los sueños no dejan marcas
y tú lograste marcarme:
cuando llegaste, feliz;
a tú marcha un miserable.
Por mucho que fuiste enchufe,
me gustaban los calambres
y oír latir la corriente
por este cuerpo sin cables,
que sólo estando a tú vera
se hizo hacer interesante.
Si las líneas de la mano
resultan ser algo fiables,
no nos veremos jamás
por que feneceré antes,
entre el polvo de unas ruinas,

sobre el suelo, que aún no saben,
que ya no saben vestir;
que tan sólo son retales.
Aún así, tú espérame,
por si consigo zafarme,
de este sino tan pelmazo
que no deja de agobiarme.
Y surgiré como surge
de su vaina el torpe sable:
sí, que quizás no luché,
pero sigo sin mellarme.

LA CARRETA

Carreta de viejas tablas,
que el ataúd traqueteas,
de tú seca carga cuéntanos
antes de que seas leña.
Cuenta de tus inquilinos,
que como la roca pesan;
y como la roca, inertes,
ya sólo son carne muerta.
Dicen que hasta el Campo Santo
ya saben llegar tus ruedas,
sin nadie que las dirija,
ni a la ida, ni a la vuelta,
por que de tanto trotar
bien le enseñaron la senda:
por que no hay ,de repetirlo,
camino que no se aprenda.
Con las luces apagadas,
el cadáver se adecenta,
para nutrir con sus galas
a la más hambrienta tierra,
que no sabe distinguir
entre la carne y la prenda,
ya que todo está exquisito
cuando la puta hambre aprieta.
Sabes que comienza el viaje
detrás de la puerta abierta
y, del luto de la capa
que cubre a las plañideras,
que por céntimos lloraban
a alguien aunque no le quieran:
no le llaméis dolor a
la farsa de la moneda.
Si las campanas redoblan

pero no es para la fiesta,
hay que ir herrando a la burra:
a poder ser, la más negra,
y que tire remolona
por trochas de polvo y hierba,
hacia el angosto final
y el principio de la verja,
que chilla al abrirse como
si fuese abatida en guerra.
Sobre tú lomo de astillas,
de nada vale la espuela,
por que tú carne no siente
debido a ser siempre yerma.
Ahora que el sol se esconde
detrás de enormes cenefas,
ya sólo nos queda oscuro;
ya sólo oscuro nos queda,
en la angosta sepultura
que tan sólo es otra grieta,
para lograr esconderse
de la claridad eterna.
Cuando sucumbas a cachos
y alimentos a la hoguera,
darán libertad las llamas
a cientos de almas en pena,
que bagarán por el aire
buscándose otra carreta,
que las lleve al firmamento
a hacer nido en las estrellas.

CUATRO SOLES

Cielo de los cuatro soles,
alumbra bien mi trotar,
que yo sé y tú también sabes
que es hora del !basta ya!
Regálame cuatro sombras
que hagan de mi cuatro más,
y los cinco partiremos
en busca de libertad,
caminando hacia adelante,
sin mirar nunca hacia atrás;
sin ver hacerse pequeño
al más inerte holgazán.
Cielo de cuatro soles,
dame sudor y jornal,
para regar las raíces
del árbol que brota ya,
dando de fruto los ojos
que nacen sin lacrimal;
haciendo la fruta dulce
que nunca sabrá llorar.
Cielo de cuatro soles,
apacigua el huracán,
que se llevaba las moras
y nos dejaba el zarzal.
Saben los mis diez pies qué
nunca quise abandonar,
a esta, la roja senda, a
la que llaman yugular,
que palpita en mi pescuezo,
de tus besos, al compás,
sabiendo que no te fuiste
y que nunca volverás.
Cielo de cuatro soles,

tendré que deshollinar,
esta, tan negra garganta;
la que se olvidó de hablar
y decir que mis botones
se hicieron para su ojal.
Aún, el regusto a azufre
puebla por mi paladar,
pero después de probarlo,
pues supongo que es normal.
Aunque ahora, me alimento
tan sólo de vino y pan,
por que no quiero el vinagre;
pero tampoco el panal.
Cielo de cuatro soles,
haz recta de mi espiral
y, alegre a este triste aire
cuando cueste respirar.
Nunca fui un caballero;
tampoco alguien ejemplar,
y no es poco que distingo
entre hacer el bien y el mal.
Se que nunca he sido hábil,
pero que le pongo afán
para que nadie esté triste:
yo, y tampoco los demás.
Entre las grebas y el yelmo,
sabes, seguro, o quizás,
que latirá un corazón
que ya se empieza a fraguar,
con la sangre del humilde
y la certeza que da,
el saber que las monedas
son sólo simple metal,
que si aún hoy, no te pesa,
un día te pesará.
Cielo de los cuatro soles,
tuesta nuestra blanca faz,

para que no nos confundan
con muertos del funeral.
Que se libren los sentidos
de todo lo artificial;
trotemos sobre los cascos
de aquel caballo alazán,
cansado de lo terreno ,
que ahora busca lo astral:
alguna estrella con ganas
que no se quiera apagar.
Cielo de cuatro soles,
trae a esta trinchera, paz,
para que no haga el diablo
con sangre una bacanal.
Que no es más listo el más listo;
es más listo el más audaz,
en estas tierras que el gato
logra escapar del jaguar.
Cielo de cuatro soles,
derrite el basto glacial:
ya que sólo somos agua,
seamos parte del mar.

MEDUSA

El filo entre estas dos manos,
será el peine de medusa,
que cercene sus culebras
y la obligue a usar peluca,
pues envenenó a mi amada
con un mordisco de culpa
y, ahora tan solo estoy,
que hasta mi sombra me acusa,
de haber sido tan cobarde
que de mi cuerpo rehúsa.
Con serpientes por el suelo;
así se acabó mi lucha.
Pero no me siento bien;
el remordimiento busca
hacer guarida de mí;
de mi flaca envergadura.
Apenas ir a la rama,
se pudría ya la fruta:
a vivir sin alimento
me maldijeron las brujas.
Sin alimento se vive,
pero fue mayor tortura,
tener que vivir sin ella
esta enfermedad sin cura.
Por las noches, ya tan sólo
puedo observar a la luna,
desde aquí, tan alejado
de su encabritada grupa,
de la que fui su jinete
al frecuentar la locura,
que lejos de trastornarme,
hizo a mi mente más pura.
Por mucho que busco y busco

no he encontrado sustituta,
para la bella muchacha
que se me llevó Medusa,
dejando a mi pobre alma
de su gran carisma viuda.
Veo boquear las culebras,
que mueren y disimulan,
queriendo lanzar bocados
con vitalidad ya nula.
Sangre, baja por el filo
hasta mis manos desnudas,
para tocar la venganza,
tal vez, más o menos justa;
pero para mi me vale
sabiendo que ya Medusa,
no repartirá veneno
por otra vez: la segunda.
No necesito más nada;
me bastan sólo las uñas,
para aunque sea en la roca
cavarla a mi amada tumba,
y, aunque las manos me sangren,
hacerla aún más profunda,
para que dentro me quepa
su bella y grácil figura,
un ramo de las culebras
que la dieron sepultura
y todo lo que la quiero,
que es tanto que mucho abulta.

DISTANCIA

Ni sobre el mismo colchón
ya jamás nos encontramos:
que no es cuestión de distancias;
es que dejamos de amarnos.
De tanta y tanta caricia
nuestros cuerpos desgastaron
y, ahora, bajo piel viva,
pasamos los malos ratos,
apagando nuestro fuego
con calderos desfondados.
Tú mi bella damisela;
yo tú desnutrido hidalgo,
que no supo que gigantes
no saben moler el grano.
Y aquí me encuentro tendido,
descalzo sobre este charco;
charco de la propia sangre
que a mi se me ha derramado.
Todo lo que tú y yo fuimos,
reluce tras de algún marco,
impresos sobre el papel
que un día osó capturarnos:
de esto no hace tanto tiempo;
cuando aún éramos algo.
No llegó metamorfosis
y me quedé en renacuajo,
con esta cola que pesa
como pesarán los años,
que llenaron mis rincones
con la soledad en fardos:
sólo pido no estar solo;
aunque tampoco rebaño.
Cuando me miro al espejo,

la imagen es de un extraño
y a pesar de conocernos
tampoco nos saludamos.
Él, vive tras el espejo;
yo, del espejo a este lado;
pero al fin nos parecemos
en el rostro demacrado.
Sabes que no nos queremos,
pero dime ¿porqué odiarnos?
Si da igual lo que elegimos;
nos sale igual de barato.
Yo te perdono el dolor;
perdóname tú a mi el daño.
Elijamos dos caminos
distintos y a caminarlos
y, si alguna vez coincide
que volvemos a encontrarnos,
recuerda que un día fuimos
agarrados de la mano.

LA BATALLA

Me maldijo una gitana
a quererte to'la vida;
y amor, las maldiciones
sólo están para cumplirlas.
Era yo un joven guerrero
diestro en la espada y la brida,
regresando en mi corcel
de otra batalla perdida,
de aquel extraño condado,
en el que el sol nunca brilla
por que el horizonte es
tan alto, que nos humilla,
privándole de la luz
a nuestra tez blanquecina.
Me levanté el yelmo ajado
por ocho besos en fila,
a sabiendas que el carmín
no eran marcas; era herida,
que atraviesa el duro hierro
desangrando mis mejillas.
Fue entonces cuando brotó
la claridad en sonrisa,
contrastando con la cara
sucia de aquella chiquilla,
que llevaba bajo el brazo
un haz de rubias espigas
y me desafiaba a voces:
"si yo te miro ¿tú me miras?"
Me bajé de mi caballo
mal herrado por la ruina,
que da el conocer la guerra
sin el querer compartirla.
Y viéndome tan sediento,

se acercó la muchachita,
para calmarme la sed
con tragos de su saliva.
Abracé aquellos harapos
como a la seda más fina,
sabiendo que en el humilde
anidaba la alegría.
Me zafé de mi armadura
que pesa como la quilla,
de los buques que se hunden
por sobra de mercancía.
Desde entonces ya no quito
mi pantalón y camisa:
tan sólo sobre el colchón
para amar a mi delicia.
Ella devolvió a mi sombra,
su lugar, mientras caminan
nuestros pasos el sendero
que la soledad no mina.
Yo que fui hábil guerrero
con cien batallas perdidas,
hoy la gané sin luchar
con las armas hechas trizas;
y es que el querer siempre llega
cuando menos nos avisa.

BOCAS

Tienen de malo las bocas,
que algunas no cicatrizan,
por que algunas no son bocas
y tan sólo son heridas,
despeñando las palabras
por las sangrantes cornisas,
en donde se resbalaban
con la podrida saliva.
Cuando las palabras duelen
sin decirlas todavía,
es hora de pensar qué
quizás no haya que decirlas
y guardarlas hiel adentro,
un infinito de millas,
para que aunque salir quieran,
jamás encuentren la orilla.
¿De que nos valen compadre
los sermones de la misa?
Si apenas ser aprendidos,
al poco se nos olvidan.

CAMINITO

Caminito de su boca,
me he parado en una orilla,
para beber unos tragos
del color de sus mejillas.
No me importa llegar tarde,
por que nunca llevo prisa:
que lo importante es llegar;
y claro, que nos reciban.
El calor que ella irradiaba
era como el sol del día
y, de eso puede dar fe
el sudor de mi camisa,
que se me pegaba al cuerpo
queriendo ser parte mía.
Aunque aún me quede un trecho,
he subido hasta la orilla
de esas dos mares verdosas
donde se bañan pupilas.
He oteado el horizonte
a lo largo de sus millas
y he tenido que apartar
a cada rato la vista,
por no poder soportar
ver sus ojos como brillan.
Un ferrocarril paró
para ver si me subía,
y decidí no montar
por si acaso descarrila
por la pendiente fugaz
que llevaba a su barbilla.
Prefiero seguir a pie
esta dulce travesía,

para no parar de andar
y, que mis suelas se tiñan
de aquel hermoso color
que su tersa piel rocía.
He subido hasta su pelo,
sólo por ver como olía
y, supe antes de partir
que no me arrepentiría.
Su pelo huele al jazmín,
a la más perfecta rima,
al perfume que aún no
se ha inventado todavía.
Me he empapado en su negror,
mientras mis manos mendigan,
el tacto de aquel cabello
donde anidan golondrinas.
Y, colgado de un mechón,
sin que nadie me lo impida,
me he visto precipitado
al lugar donde maquilla,
el carmín, con puro fuego,
a dos barras de parrilla.
Por fin al final llegué.

A LA ESPERA

Lo normal es estar muerto:
aquí lo raro es vivir,
esta cruel vida , que cuesta
tanto vivirla sin ti.
Temprano te me llevaron
al templo de la lombriz;
sabes que yo también quise
pero al final no me fui:
son sagradas las promesas
y yo te lo prometí;
que si tú faltabas antes,
yo me quedaría aquí,
cueste todo lo que cueste,
hasta que me llegue el fin.
Intentó ahorcarse el grillo,
con las cuerdas de un violín,
sabiendo que desafina
con agoreros cri – cri:
vive ahora en la morada
que antes ocupó el reptil,
esperando a que llegase
propiciándole un morir.
Que tristes están las vías,
que ya no tiembla el raíl,
desde que el tren se marchó
olvidándose de mí.
Dime princesa que haré,
pues no me gusta elegir:
tal vez sea lo mejor
que vuelva presto al redil,
donde nunca entrará el lobo
sólo por miedo al mastín.

Pero que vida me espera
triscando una vez y mil;
viendo pasar a los días,
inerte como el marfil,
mientras este corazón
que no dejo de latir,
sin nunca fuego albergar,
se me ha llenado de hollín.
Así no resistiré
y, ya preparo el motín,
para de mi propio cuerpo
sin que se de cuenta, huir.
Pero no pienso en la muerte;
sabes que lo prometí;
simplemente viajaré
a lomos de un colibrí,
prendido de un dulce sueño;
agarrándome a su crin;
abrazado a los colores
que van abriendo el carril,
por el que nos alejamos
de ese insípido botín:
que vivir acompañado
de humanos se me hace hostil.
Me recogeré con otros
animales al cubil:
con la carne sin palabra
me siento yo más afín.
Y tranquilamente, cielo,
paciente esperaré allí,
a que la muerte me lleve
a florecer en tú abril.

MISMOS

Cuando soy yo el que se corta
y la que sangra es su piel,
debe ser a lo que llaman,
dos carnes en una ser.

Pintaste una gran sonrisa
en el lienzo de mi tez,
e hiciste de mis dos ojos
el más bello amanecer.
Cuando no has visto una cosa
y sin embargo se cree;
a eso, mi dulce niña,
a eso se le llama fe.
Ahora que estás tan lejos
y ya no te puedo ver,
no significa mi cielo
que te deje de querer,
por que para mí ,el antes,
es lo mismo que el después;
por lo menos en cuanto a
quererte, cielo, a granel.
Desde que te conocí,
celebro Pentecostés,
por que el Espíritu Santo
me dio de tú gloria a ver,
sembrando otra vez mis labios
que pecaban de aridez;
pero doy fe, vida mía,
que ya han vuelto a florecer.
Debo de estar orgulloso
que de mis manos, los diez,
sepan de los recovecos
que guarda tú desnudez.

Y después de amarte, cielo,
me santiguo y un amén,
hoy que sé que Dios existe
encarnado en la mujer,
que acaparaba los rezos
de mis labios en su tez.
Sabes tú, mi dulce azúcar,
que por siempre seré fiel;
por que nadie cambiaría
esplendor por la escasez;
ni el oro por una piedra
que no quiere el mercader.
Aunque me gusta escribir,
siento miedo hacia el papel
y, para escribir de ti
me tengo que abastecer,
de las palabras bonitas,
que no llegarán a ser
lo bonita que eres tú;
pero están a tú merced.
Aunque me gusta pintar,
siento gran temor también,
delante de tú figura
y temblequea el pincel,
que no sabía plasmar
tan compleja sencillez,
ni lograba conseguir
el tono de aquella piel,
que cuando el sol no salía,
salía ella a amanecer.
Dime tú que has dado tanto
¿como te lo pagaré?
Me distes el paraíso
aunque no se llame Edén.
Tranquila preciosa dama,
que la forma encontraré,
de darle lustre a mi burro

y que parezca un corcel,
para llevarte a mi reino;
reino de chatarra y miel,
en donde del mismo prado
dos bocas puedan pacer.

COMPADRES

Lengua cálida del perro,
se servicial a mi tacto;
dame el calor que me falta
y que no me da el humano.
Una vez di de comer,
al que es del ladrido el amo:
siempre ha sido fiel a mi
y jamás me ha abandonado.
Tus almohadillas saben
de lo duro de ir descalzo
y a pesar de todo ello
nunca pediste zapatos,
por que sabes ser humilde,
amable y a la vez grato.
Para mí no eres un perro:
para mí eres el hidalgo,
que daba, para que diesen
algo también los tacaños,
que creen que el amontonar
les hace más ilustrados.
Los golpes hicieron nido
a través de tú espinazo,
y no saben que tú ira
no se prende con los palos;
por que la rabia no existe
-aunque no estés vacunado-,
en ese impecable hocico
que no sabe del bocado.
La correa y el collar
no conjuntan con tú manto,
por que ser libre, cachorro,
es el traje más barato.
Amigo, ni se te ocurra

el mirarme desde abajo:
yo me agacharé a tú altura
para poder abrazarnos.
Una cruz todos tenemos;
la tuya es el hábil gato,
que desafiante, maúlla,
desde el más alto tejado.
Pero tú, perro, tranquilo,
por que el estar en lo alto,
hace que si hay tormenta
llegue al gato antes el rayo.
Que más te puedo decir
que no te haya demostrado:
pues que la amistad no entiende
de reyes ni de lacayos;
tan sólo de compañeros
que caminan pata a mano.

A CIEGAS

Los párpados me he cosido,
para no tener que ver,
a los Cristos maniatados
con sus cruces del revés,
desfilar al paredón,
entre el ahogo y toser,
dónde disparan los rifles
gustosos de su que hacer.
No quiero ver a los buitres
a nuestros hijos comer,
eviscerando unos cuerpos
que aún querían crecer.
No quiero ver a la iglesia
predicando por la fe,
a un Dios que no les soporta
por que mintieron sobre él
y, se inventaron las reglas
para ellos nunca perder.
No quiero ver los cohetes
que van vete tú a saber,
mientras en este planeta
mueren gentes de hambre y sed.
No quiero ver más coronas
por sus puntas emerger:
dicen de la sangre azul,
que su destino es correr,
hasta que algún sumidero
la haga desaparecer.
No quiero ver a los simios
intentando comprender,
por que seres racionales
no lo supimos hacer.
No quiero ver los gobiernos

pareciendo un cabaret,
mientras nos bailan la danza
de uno más uno son tres.
¿Porqué siempre los cobardes
son los que tienen poder?
Por que no tienen agallas
de saber cuando perder.
No quiero ver a la mar
mimando a un último pez,
por no saber destruir,
cuando tocó, aquella red,
que del peso que albergó,
era adepta del coser.
No quiero ver a las flores
luchando por florecer,
mientras tenía la lava
la raíz a su merced.
No quiero ver las amebas
evolucionado a ser,
si es humano lo que espera
tras su lento proceder.
No quiero ver el entierro
de este bello amanecer.
pero aunque no me guste,
al fin lo tendré que ver;
incluso con la ceguera
a la que yo me postré.

CUATRO INVIERNOS

Se me comieron los ojos
una pareja de cuervos
y anidaron en las cuencas,
depositando sus huevos:
créeme, no es una excusa
si no volvemos a vernos.
Ya huelo el lento pudrir
que comenzaba en mi pecho:
cuando el corazón no ama
se le debe dar por muerto.
Abrazado a la tristeza,
tampoco solo me siento,
por que sobre de las lágrimas
me acompaña mi reflejo.
Hubo un tiempo en que vivir
parecía ser un sueño,
pero ahora los segundos
se me antojaban eternos,
entre estas cuatro paredes
que se achicaban sin freno,
hasta no dejar espacio
ni para mi propio cuerpo.
Probé miles de delicias
antes de mascar cemento
y se endureció mi boca
en el más horrible gesto,
perpetuando por los siglos
esta mueca de lamento.
Puse a tender mi epidermis
y que la orease el viento;
y mi ánima de madera
no la arregló ni Gepetto:
el más hábil ebanista

tras San José el carpintero.
Malditos sean mis años
colmados de doce eneros,
que resultaban al fin,
añadas de cuatro inviernos,
que me rasgaban la piel
con su gran frío embustero,
que se anunciaba caliente,
mientras incrustaba hielo.

LA COLMENA

Una colmena de abejas
ha anidado en su cogote,
para libar de su néctar;
que lo tiene, y a montones.
Siempre se oía decir
que la envidiaban las flores.
Nunca me moriré, sólo
para que ella no me llore,
por que cada vez que llora,
se me clavan cien punzones,
en este corazoncito
que aprendió a latir canciones
alegres, como ser debe,
en estos tiempos que corren.
Se posan en sus pestañas,
por las mañanas, gorriones,
abanicando su frente
con aquellas alas nobles,
que calmarán el calor
que a nuestros cuerpos les sobre,
cuando se trencen, unidos,
mientras uno al otro absorbe.
Doy gracias a la princesa,
que a pesar de ser yo pobre,
con mi harapiento pellejo
me dejó entrar en su corte.
Yo la dije: -"sangre azul
entre mis venas no corre".
Ella respondió:-" Amor mío,
no me importan los colores".
Como no voy a querer,
señoritas y señores,
a semejante muchacha

tan rebotante de dones;
que no hay ni un sitio en su alma
para defectos traidores.
Cuatro centauros guardaban
las cuatro esquinas del sobre,
cuando mojaba la pluma
en el tintero de cobre,
para escribir las palabras
que desea oír todo hombre:
"Te quiero tanto mi amor,
que de mi vida dispones;
si me pidieses morir,
lo aceptaré sin reproches".
Yo sólo pido vivir,
sobre su saliva, a flote,
cuando llegue la tormenta
arreciando desde el norte.
Yo sólo pido pasar
al abrigo de su escote,
los inviernos que me esperan
blandiendo el gélido azote.

Si me preguntan por ti,
nunca diré que te escondes
a la zurda de mi pecho
latiendo entre borbotones:
por que eres mi corazón.
Eres mis cuatro estaciones:
olor de la primavera,
el verano que me sorbe,
el otoño que respeta;
aquel invierno con flores.

LA MARCHA

No sé dónde se habrá ido;
tan sólo dejó una nota
amarrada de un suspiro,
sobre la gélida gota,
que su lacrimal volcó
como una maltrecha losa.
Quizás no supe entender
el marchitar de su boca,
cuando sus labios cayeron
dejando una mueca rota.
Quizás no comprendí bien
el peso de aquella alforja,
que derribó el espinazo
con sonrisa socarrona.
Se habrá ido, tan, tan lejos;
allí dónde nada estorba;
en dónde en camas sin brecha
puedan dormir dos personas.
Allí dónde el fuerte viento
ni se muestra, ni se asoma;
que no sabe despeinar
a princesas sin corona.
Yo aquí me quedaré solo,
dando migas a palomas,
tan negras como mi alma
que en ella misma se atora.
Mientras, mi hielo perpetuo
permanecerá a la sombra,
para nunca derretirse,
haciendo lo que le toca;
que es saciarme de humedad
dónde reptan las babosas,
escribiendo con su flujo

los cien calvarios en prosa.
He entrado dentro de mi
a comer de la carroña,
de mi corazón podrido
que ahora tan sólo estorba,
en este rincón del pecho
donde el sol nunca se asoma.
Las arañas con su seda
me tejen una maroma,
para colgar por los pies
a mi traicionera sombra,
que me robó la alegría;
y la dejé caer toda,
sobre esta, tan dura tierra,
que es una puta buscona,
en la que al final caemos
como marionetas rotas.
El fuego de los abismos
ha arrasado con la flora
y, cuando acabó el jardín
empezó con mi persona.
Perdona - estés donde estés-
al santo de las derrotas,
que de rezarle tan poco
me ha cargado a mi con todas.
Como el ateo que soy,
no supe amar a una diosa.

AMAR

Cuando esté cerca de ti
y tú me veas llorar,
tranquilita, que no sufro:
será de felicidad.

Al fin logré aprender el
significado de amar:
que sí, lo supe decir,
pero nunca conjugar,
hasta que al fin conseguí
el no sentirme vulgar,
dentro de tú corazón
que no me traicionará.

Pídeme lo que tú quieras,
que lo que quieras tendrás;
que nunca ningún peón
dijo no a su majestad.

Si algún día oso caer,
tus labios me sostendrán.

EL ESPEJO

Hace tiempo que no miro
al muchacho del espejo;
quizás si lo vuelvo a hacer
me encuentre ya con un viejo,
con la cabeza plateada
por los escasos cabellos,
que la tala soportaron
como valientes guerreros.
Sabes que quiero mirarme;
que quiero, pero no puedo,
por si acaso me derrumba
el duro envite del tiempo,
que parece como ausente,
pero que siempre está atento
para no olvidar a nadie:
es trabajador honesto,
que no aceptaba el soborno
ni por fuera ni por dentro.
Las arrugas no son más
que yagas en cara y ceño;
son las perennes heridas
de cicatrizar eterno,
que nos contaban que el carro
hizo roderas, sincero,
mientras abría caminos:
los que antaño fueron tersos.
Ya no me atrevo a asomarme
y ver mi corvado cuerpo,
como el pico de los buitres
de los que seré alimento.
Cobarde, sí, soy cobarde;
valiente venido a menos,
al que pesa la armadura

que era antes liviano peso.
Fue, que de tanta humedad
se iba desconchando el yeso,
que dio el más puro blancor
a la fachada de huesos
que hoy quiere venirse abajo,
como las ruinas del templo,
que se desmoronó por
no aguantar su propio peso.
Me costará el asomarme,
por que lo que yo más temo;
es que el espejo no miente
y se muestra tan sincero,
que arrojaba la verdad
con la forma del lamento.
Sabía la dentadura
de la brida con su freno
y, ahora, hasta el pan más blando
resultaría sangriento,
transformando en pesadilla
el apetitoso sueño.
No sé, ya lo pensaré;
si me mostraré de nuevo,
o viviré engañado
reflejado en un recuerdo.

LA BANDERA

Como una bandera al sol,
que hace que su color pierda:
así, desteñida y blanca;
así, será mi bandera.
Mis pasos serán tus pasos;
mis huellas serán tus huellas
y caminaremos juntos
atravesando barreras,
que dividen las culturas
como metálicas brechas.
A base de conquistar;
de las batallas más cruentas,
conseguimos desmembrar
el cuerpo de este planeta:
"Toma, para ti esta mano;
yo me quedaré la pierna
y para el más débil, este
agujero de hacer mierda".
¿Para que usar la palabra
si ya tenemos la guerra?
¿Para que elegir la frase
si tenemos metralletas?
¿Cómo voy a ser buen mago
-dime- con tantas fronteras,
si el conejo está en tú lado
y en el mío la chistera?

INVIERNO

Ya ha llegado otro invierno
que nos tocará sufrirlo:
los días son tan pequeños
que caben en mi bolsillo.
Otra vez a tiritar
mientras nos agita el frío
y a cubrirnos con las mantas
que pesan como un castigo,
sobre esta maltrecha cama
que entre dolores y gritos,
ve como sus patas parten
al compás de los chasquidos.
Bebe, invierno, de mi boca
al menos cuatro suspiros,
para alimentar tus meses
del hielo en el que yo vivo,
desde que ella me dejó;
desde que ella se me ha ido.
Catapultaste tú nieve
sobre mi tejado herido
y cayó, teja por teja,
logrando ser los añicos,
que juntos no valen nada
y separados, lo mismo.
Invierno, que te despiertas
y ya no acuestas tu sino
hasta abrasar todo campo
con el dolor de tu mimo.
Cruel invierno; de mi apiádate,
que soy tan sólo un chiquillo,
desnudo, frente a la helada
que me vestirá con brillos,
para asistir elegante

a mi gélido bautizo.
Se cerraba todo cielo
al paso de los abismos,
que llevaban la armadura
que nunca quiso vestirlos,
por que le dan el color
del más negro de los grillos.
Invierno, que me acomodas
en el cálido tresillo,
sabes que te llevas algo
de mi existir, contigo,
postrándome en el letargo
del que nunca fui muy amigo.
Llegará la primavera
y caerás en el olvido;
como cayeron los otros
antes que tú, amigo mío.

MALDITA GLORIA

Debajo de las toperas,
ya por todos es sabido,
que la oscuridad me abarca
como apretado corpiño,
que me niega el respirar
que tanto le imploro y pido,
con su quererme tener
bajo su puño ceñido.
No supe sacar provecho
del error bien invertido
y transformarlo en virtud
como hacían los divinos.
Tan sólo soy un mortal
que siente calor y frío:
con el calor me destapo
y con el frío me abrigo.
Para intentar convencer,
a veces hago que rimo,
juntando un par de palabras
aunque no tengan sentido,
para que escuchen los reyes,
desde su trono marchito,
que lo que dice mi boca
no es igual a lo que digo;
que lo que escribe mi pluma
no es igual a lo que escribo.
Yo no soy mal anfitrión:
no digan más, les convido
a que se den un garbeo
por mi corazón esquivo,
que se muere de la pena
por que jamás ha querido,
igual a sus semejantes

como se quiere a si mismo.
Hubo una vez que gané,
cayendo en el patetismo,
de verme tan importante
que no necesité amigos.
Y creí rozar un cielo,
que era un camuflado abismo,
dónde me esperaba el fondo;
cayendo antes que mi grito.
En el fondo, todo es fondo,
donde elegante, mendigo,
el abrigo de un abrazo
que no sea el del espino.
Ya no me calienta el fuego,
ni el roce de los mininos,
por que no siento el calor
ni la calidez del mimo.

EL TAMBOR

Me he hecho un tambor con la piel
que me recubría el pecho,
para tocarlo a tú puerta
y me convides con besos,
que guardaré en la cajita
donde amontoño recuerdos.
Si alguna vez tú me faltas,
no te sabré echar de menos
y, para que esto no ocurra,
yo me coseré a tú cuerpo,
con la seda de la araña
que se procura alimento,
con las moscas remolonas
que hacen círculos inciertos
sobre nuestras cabecitas;
molestando a pensamientos.
Antes no supe que amar
se parecía a todo esto
y, sentirte junto a mí
se me antojaba perfecto.
Yo, que caminaba solo
por infinitos desiertos,
te encontré sobre una duna;
y no te traje un camello:
te traje una enorme estrella
desde este gran firmamento,
que dispusieron los dioses
como el más divino techo.
Hacer que me quieras siempre
será mi único reto
y dedicaré la vida
para compartir el lecho:
ese tan alegre que

se lo disputan los sueños.
Ni te pongo un cascabel,
ni tú a mi ningún cencerro,
por que la libertad es
el quererse más sincero.
Al volvernos a encontrar,
nos amaremos de nuevo,
como la primera vez
que se enfrentaron dos vientos,
desatando el vendaval
que apago todo el averno;
dejando en pie únicamente,
lo que no tuerce: lo bueno.

EL FINAL DEL VIAJE

Es el reflejo de mí;
el asolado paisaje,
que bajo mis pies se extiende
haciendo infinito valle,
por el que caminar, es
el más insustancial viaje:
que no se de dónde vine
para ir a ninguna parte.
Puedo a lo lejos oír
como las campanas tañen:
deben repicar al muerto
que dentro de mi ya yace,
atravesando hacia fuera,
hasta dar con mi semblante,
que para parecer vivo
se vale del maquillaje.
Sobre mi hombro, una pala
era todo el equipaje,
que necesitaba hasta
que el poco aliento me falte
y, cavar la sepultura
entre la que recostarme,
cuando diga el corazón
que ya no quiere más sangre.
Ya noté al llegar la noche,
que no atino a tropezarme
y, que se me hacía duro
acarrear con mi carne,
que no cumplía función;
tan sólo la de pesarme.
Se quebrantaron los tallos,
se quebró el escaparate
y, cuando se ven los trozos,

sólo queda el retirarse,
allá dónde nadie quiere
por su fama poco amable.
Me detendré donde pueda,
pecando de miserable;
mientras, la tierra abriré
sin necesidad de llaves,
para dar reposo a un cuerpo
que no supo sujetarme
cuando más falta me hacía
sobre el alto y fino cable.
Si alguna vez me buscáis,
no lograréis encontrarme,
por que no tengo ni cruz,
que de quién yo fui ,os hable.
Pero recordad el día
que decidí retirarme;
que fue cuando la comida
no pudo saciar el hambre.
Dejé una flor para cada
persona, sin importarme,
si merecía fragancia
o un hedor insoportable.
Es lo bueno que tenía
finalizar este viaje;
que los buenos y los malos
dejaron ya de importarme,
y todos eran personas
que merecen el detalle,
de verme marchar, tranquilo,
sin rencor y perdonarles.

ARREPENTIMIENTO

Dioses, cuidaros de mí,
por que si la lleváis a ella,
me forjaré una armadura
con el odio que me quema
y las lagrimitas qué
me hizo derramar la pena.
La haré del material duro
de mi corazón de piedra.
ya he elegido el color;
será como mi alma: negra.
Prepararos los divinos,
por que se acerca la guerra.
Mi pobre flor se marchita,
sobre de la cama, enferma;
hermosa y sin delinquir,
cumpliendo la peor condena:
la de tener que marchar
sin el que nadie lo quiera.
Yo le aprieto bien la mano,
para cuando tiren de ella
no se la lleven sin más;
sin obtener resistencia.
Necesitarán unirse
para usar toda su fuerza,
contra este amor que no puede
separarse por las buenas.
A pesar de todo ello,
marchó sin abrir la puerta;
y es que los dioses no saben
de pestillos ni cancelas.
Sus ojillos se cerraron
como plegando las velas,
para esperar el naufragio

tras una larga tormenta.
Soltando su inerte mano,
de su cintura y caderas
la amarré gritando al cielo:
“Aquí tenéis vuestra ofrenda,
pero no partirá sola;
junto a mi maldición llega”.
Me coloqué la armadura
y cogí de la despensa,
aquella espada de plata,
doctorada en hacer brechas
a los seres invisibles
que existen y no se muestran.
Con el vuelo de la ira,
-no me hizo falta escalera-
subí hacia aquel territorio
donde los ángeles vuelan.
Desgarré sus dos alitas
y de las arpas, las cuerdas,
con esta espada de plata
que busca venganza eterna.
Deshaciéndome de todo
lo que a mi espada alimenta,
llegué hasta dar con un Dios
de impolutas vestimentas.
-¿Eres tú, querido amigo,
el que trajo a mi princesa,
-dije colocando el filo
dentro de su boca abierta-
a este cielo moribundo
al que mi espada detesta?
Y de su boca la espada
saqué, esperando respuesta.
-Sí, soy yo ese al que tú buscas;
no lo tomes como ofensa:
son cosas que debo hacer
para equilibrar la tierra.

Aunque tú, un simple humano,
no espero que lo comprendas.

Siempre pasa a los demás
y tú nunca te lo esperas:
es lo que pensaba cuando
mi sed de venganza ciega,
fue aplacada por la causa
de una mano lastimera
que se colocó en mi hombro.
No me giré para verla;
no me hacen falta los ojos
para saber que era ella.
Dejé caer a la plata
que arriba dejó su huella
y de rodillas me hiqué,
esperando la condena,
por haber sido aquel necio
cegado por una venda,
que desbarató aquel cielo
que con amor nos alberga.
Pero allí nada pasó
y sobre el viaje de vuelta,
tan sólo llegué a oír un
"hijo, perdonado quedas".

Y me encontré de rodillas
junto a mi amor, allí enferma,
sujetándole la mano
que estuvo ya una vez muerta.
"Si la tienes que llevar;
Dios, llévala, que así sea"
pensé, mientras sonreía
mi querida en dulce mueca,
como aprobando que ahora
si se iría satisfecha.

VIRGENCITA

Sólo te pido una cosa:
aviva mi fuego, viento;
que sólo quedan rescoldos,
en el pecho ceniciento
con que me tocó cargar,
cuando empecé a echar de menos,
la mitad que me faltaba
en este incompleto cuerpo,
que cuando lloro, se hunde
por que no tiene cimiento
y, con la humedad acaba
succionado por el suelo.
Pero aún estoy en pie
y no probarán mis huesos,
las siete fauces enormes
que amartilla cancerbero;
os lo puedo prometer,
al menos por el momento.
Virgencita de la muerte;
yo te pido, yo te ruego,
que no te fijes en mí
ahora que no te rezo.
Me queda aún por andar
todavía otro trecho,
que quizás me lleve cerca,
o tal vez me lleve lejos;
pero es que si lo supiera
no querría recorrerlo.

DIÁLOGO CON EL DIABLO

Tras de la espesa humareda,
no se veía a dos palmos,
aunque puedes suponer
que se encuentra al otro lado,
con el fogón encendido:
los aposentos del diablo.
Vestido para el festejo
con su casaca de largo,
con los encerados cuernos
y el tridente afilado.

-Seas bienvenido a mi hogar.

¿No pensarías muchacho,
que te esperaba algo bueno
después de tantos pecados?
Pero pasa, ahí no te quedes,
que te enseñaré tú cuarto:
está entre el del cura necio
y del político avaro.
Aquí podrás encontrar
lo más selecto y granado:
tenemos a varios Papas;
prestigiosos abogados,
al "amigo" de los niños,
a cirujanos borrachos...
Y bueno, primero come;
ya te seguiré contando.
Aquí será tú comida,
comer tus propios pedazos:
te puedes morir de hambre
si no osases el probarlos,
o consumirte tú mismo
saboreando tú rango,
que de nada te valdrá

sin estar uniformado.
Oh, bien ¿no quieres comer?
Pues te seguiré explicando,
que entre llama y llama hay
sólo más fuego brotando.
A mi izquierda, la tortura;
a tú derecha el fracaso
y, aquí se expande todo esto
un infinito de pasos,
que no te voy a enseñar;
ya los irás encontrando.
Mira arriba, allí está Dios;
el que levanta la mano
sobre aquella blanca nube
sólo para saludarnos.
Él y yo somos amigos;
a veces nos encontramos,
a aunque alguno de los dos
nos toque pasar de largo.
No somos tan diferentes,
pero nos dista el trabajo:
el trabaja con los buenos;
yo trabajo con los malos.
No fue cuestión de elegir;
es lo que nos ha tocado.
Tú si pudiste elegir
y elegiste equivocado,
la senda que era más llana
en vez la de zarza y cardo:
sufriendo está la virtud
que tú nunca has encontrado.
Pues bueno, aquí te dejo
y tú vete aclimatando,
por que estarás aquí siempre
y lo eterno se hace largo.
Si tienes una pregunta,
no me preguntes muchacho,

o te diré la mentira a
la que estás acostumbrado.
Enhorabuena hombrecito;
dejaste de ser humano,
no en el momento de entrar,
si no hace ya varios años:
en el momento en el cual
prescindiste de hacer algo,
para ganarte ese cielo
al que todos aspiramos.
Incluso yo, viejo amigo;
pero este, este es mi trabajo:
tú aún te has de conformar;
yo ya me he conformado.

NO QUIERO

No quiero cielos de brea,
ni lunas de papel roto,
de noches artificiales
que se acercan a nosotros.
No quiero nubes de un humo
que se me antoja barroco,
ni infiernos, ni paraísos
aunque los pintase El Bosco.
No quiero andar un camino
que no me lleve a sus ojos
y la vuelta me daré
cuando se bifurque en otro.
No quiero cortar la flor,
no quiero domar al potro,
ni flores de plastilina,
ni rosarios quejumbrosos.
No quiero ser lacrimal,
ni el hombro en el que me apoyo,
ni ser estaca sin sangre,
ni la mitad de un despojo.
No quiero ser fusilado
sobre su pálido rostro;
no quiero gobernar barcos
sobre mares en reposo.
No quiero otoño constante
que convierta el prado en oro:
con el oro no se crece;
me quedo con el abono.
No quiero preguntar nada
a lo que yo me respondo,
no quiero saber del día
en que se abrirán los cotos:
tampoco los jabalíes,

las tórtolas y los corzos.
No quiero beber el vino
que no permitía el sorbo
y propicia la vergüenza
para compartir su rojo.

LA SIRENA

Me sucedió anocheciendo,
durante la dura faena
de pescar sobre la mar
nerviosa por la tormenta,
que levantaba sus olas
para atrapar lo que pueda.
Me quedé yo gobernando
aquella nave maltrecha,
mientras oía gritar
de dolor a la madera.
Con la escasa luz del rayo,
-por no decir casi a tientas-
maldecía a la mi suerte
mientras plegaba las velas
y recogía las redes
que a veces nos alimentan.
No podía con el peso
ni el giro de la polea
y, mucho menos ahora,
mi escasa y mermada fuerza,
ablandada por la lluvia
que me caía tan recia.
Pero en un último esfuerzo,
que aunque sin creerlo, llega,
oí golpear la red
sobre el suelo de cubierta,
mientras caía hacia atrás
sobre de mis posaderas,
dando con el espinazo
sobre lo que mástil era:
el viento lo derribó,
cayendo hacia la derecha;

sólo di gracias a que
cayó lejos de mi vera.
Antes de esperar la muerte
escondido en la bodega,
vi colear en la red
una gigantesca presa
y curioso me acerqué
haber si podía verla.
Justo un rayo iluminó
lo que era toda mi pesca
y recibí aquel paisaje,
con ojos y boca abierta:
con la grandiosidad que
merecía la sorpresa.
Rasgué la red con mis dientes;
con la fuerza de una hiena,
por que en aquellos momentos
hubiese mascado piedras,
sin sentir el gran dolor
de los dientes cuando quiebran.
La incorporé hacia mí:
se hizo carne la leyenda
y, rodeada por mis brazos
se encontraba una sirena.
Acarició mi mejilla,
como para que creyera,
que las visiones no tienen
dedos; y en sus dedos yemas.
Era tal como contaban
los viejos en la taberna,
mientras le recitaban
eructos a la cerveza;
o con aquel whisky que
se destilaba en sus venas.
"Muchachos, escuchad todos;
hemos visto a las sirenas,
pero somos pescadores

y a nosotros no se acercan:
sería como si al fuego
no lo temiese la leña".
Con la cara de una virgen
bajo una espesa melena
y una hermosa y larga cola
de los pies a las caderas,
me dijo al oído que
en mis brazos la cogiera;
que fuésemos a la borda
y me tirase con ella.
Cuando estábamos al fondo,
el barco rompió las riendas
y se desbocó al abismo
en al menos cuatro piezas.
Mientras vimos destrozarse
lo que antes nos sostuviera,
sus labios y mis labios
en uno se hicieron mezcla,
dándome de aquel aliento
que hizo que no me muriera.
A la mañana siguiente
desperté sobre la arena,
pero recordaba todo
como una alegre condena.
Yo lo podría jurar:
no me llevó la marea
de nuevo hacia aquella playa
de la que ayer yo partiera,
si no que salvó mi vida
aquella hermosa sirena.

LA CARGA

Pasa perdiendo su carga
por las líneas de la mano,
desmangando su madera
el desvencijado carro,
que ya corrió los caminos
que le habían sido dados
y, es hora de retirarse,
sin estorbar, hacia un lado.
Cuando decían los viejos
que ya pesaban los años,
no me lo tomaba en serio
por que aún era un muchacho.
Y pesan, valla si pesan
y corvan los espinazos,
por que aunque alguno no entienda,
se comienza a ser anciano,
en el momento en el cual
vivir se nos hace largo
y, a pesar de que podemos
no sabemos disfrutarlo:
me da igual que con noventa
o tan sólo quince años,
por que es cuestión de aptitud;
no de ser fresco y lozano.
Hay que vivir a sorbitos,
por que si vives a tragos,
cuando la sed más apriete
no habrá líquido en el baso
y nos tocará perder
rendidos ante el fracaso,
por no saber racionar
lo que se nos hubo dado.

Cuando la cabeza mande
pero los pies no hagan caso,
no es hora de retirarse
del arte de andar a pasos.
Y nunca todos los des;
ten siempre alguno guardado,
por que el cielo y el infierno
quizás disten sólo un cacho.
No guardes la última bala
para enmendar tus pecados,
que la muerte sola llega
sin necesitar disparos;
no te pongas de su parte,
que le sobra casta y rango
y, cuando menos pensemos
lo corta todo de un tajo.
Ayer fuimos el hocico;
hoy somos final del rabo
y cuando el final se acaba
es cuando todo ha acabado.
Pero recuerda mi amigo,
que fuimos la luz del rayo,
que aunque deprisa pasó,
a alguien dejó iluminado:
y no, amigo querido;
no todos pueden contarlo.

CALLE LAS PANERAS

Nadie supo que pasó
en la calle Las Paneras,
dónde daban las encinas,
manzanas, uvas y peras.
Y las sombras de sus copas
vinieron a ser viajeras:
no se posan en el suelo
para no dejar sus huellas.
A lo largo de la calle,
se levantaban las piedras,
hartas de no tener ojos
y que en ellas no amanezca.
Y abrazadas todas juntas,
se convirtieron en peña,
con los cabellos del musgo
convertidos en guedeja.
Nadie supo que pasó
en la calle Las Paneras,
en donde las golondrinas,
hartas de volar, no vuelan,
y reptaban por los suelos
en busca de madrigueras,
para llevar a sus crías
la carne de las culebras,
que con confianza en las aves,
no vieron en ellas presa.
El camino se sabía
lleno de polvo y de mierda:
siempre supo que el asfalto
no correrá por sus venas;
que es colesterol del malo
que te infarta en cuanto pueda.
Por eso cuida su polvo

con las pisadas viajeras,
que no se detienen nunca,
pero se espera que vuelvan
a mancharse los zapatos
con brillo de luna llena.
Nadie supo que pasó
en la calle Las Paneras,
donde se esconde el invierno
a esperar la primavera,
en todos los rinconcitos
menos en las chimeneas.
Donde esperaba la helada
el golpe de las caderas,
de las mozas más lozanas
y sentir sus carnes prietas.
Pero el invierno se pasa
y la primavera llega,
para pintar de colores
a los grises que se alejan.
Nadie supo que pasó
en la calle Las Paneras,
donde los burros pasaban
sin saber que es una espuela.
Y cargadas las alforjas,
con pan duro y con estrellas
sobre el cielo de la boca,
que alumbren mascar a muelas,
que saben que el alimento
no siempre abundó en la era.
También pasaban los críos
dirigiéndose a la escuela,
sabiendo que su futuro
no está en números ni en letras:
estaba escrito en sus brazos,
en su espalda y en sus piernas;
y este futuro se acaba
cuando se acaban las fuerzas.

Nadie supo que pasó
en la calle Las Paneras,
donde las brujas del pozo
no saben de su leyenda
y esperan aproximarse
a los zagales que juegan,
mientras van poniendo al fuego
a calentar la cazuela.
Donde los ñarros se esconden
de los sacos que los prendan;
y se esconden tan bien que
nunca nadie los encuentra.
Nadie supo que pasó
en la calle Las Paneras.

ROMANCE SAYAGUES

Dedicado a Miguelito G.

Se levanta don José
justo antes de que amanezca,
para amordazar al gallo
que a su familia molesta,
con tan bastos decibelios
que sonrojaban su cresta.
Ha caído buena pelona*;
se ve todo blanco fuera,
y algo se ha metido dentro
sin repiquetear la puerta:
el frío es alguien osado,
maleducado y asceta.
Echa un vistazo a los llares*
de los que el caldero cuelga
y, sujeta la perola*
que cada vez menos pesa,
desayunando una sopa
que al estomago no llega.
Ya tomará algo de leche
cuando el mediodía venga:
que no hay mejor recipiente
que amorrarse de la teta,
de cualquiera del rebaño
que pueda llamarse oveja.
Sobre el pijama de largo
que hace su piel más espesa,
se coloca un pantalón
con más piteras* que tela;
pero cumplen su misión
de dar calor a las piernas.
Se viste poquito a poco
todo el resto de las prendas,

que no eran tampoco muchas,
pero de ello no se queja:
"peor es estar desnudo"
para sus adentros piensa.
Echó mano al avantal*
del mandil de la parienta,
dejándole una teronja*
que amarró ayer de la tierra;
por que hoy es su aniversario;
para darle una sorpresa.
Nada mas salir vinieron
cuatro perros y una perra,
a saludar a su amo,
con sus colas como estelas,
persiguiendo a aquel hocico
al que jamás nunca llegan.
José empieza la jornada
mientras sus manos refriega,
presto a chiscarse* un cigarro
con la luz de alguna estrella,
que aún ocupan un cielo
que parece que clarea.
Nuestro José anda algo rencó*,
sin llegar a ser cojera;
debe ser por dormir mal
sobre aquella cama vieja,
sobre la que se achaparra*
para ver lo que se sueña.
Pero ya se pasará,
supone mientras se aleja:
por si acaso su cachaba
agarraba con gran fuerza;
"que más vale prevenir..."
así mismo se recuerda.
Comienza a salir el sol
mientras él va a la dehesa,
para llevar al ganado
a triscar la blanca hierba,

que a verde se tornará
cuando encienda el sol su mecha.
Saca el moquero* José:
las narices le molestan,
y se suena, tan, tan fuerte
que los pardales despiertan
y sin el desperezarse,
nada más despertar, vuelan.
Bajo su hombro cuelga el hato*,
que a su paso bambolea
un machao*, un cacho carne
y pan duro con manteca,
que tienen que valer de
comida, merienda y cena.
Entre encinas florecidas
y las cortinas* de piedra,
era bien difícil que
la sonrisa no saliera,
a libar sobre las flores
que a lo alegre nunca vetan.
Hay que andar pasito a paso:
sólo tienen bicicleta
el cartero y el alcalde;
y nadie más, que se sepa.
Aunque amaneciese helado,
ya estamos en primavera:
por el día hacía bueno
y a media tarde refresca.
Dejando atrás andurriales*
a todas partes se llega
y, a lo lejos se divisa
-dónde se borra la senda-
el rebaño de José,
amarisado*, a la espera,
de que abran la gran cañiza
de la que son prisioneras,
para ir a sorber la charca

y paladear la hierba;
porque no hay mejor manduca*
que la que daba la tierra.
Lo primero es el beber,
por que la boca está seca,
y camino de la charca
las pezuñas se tropiezan,
por que acuden en montón,
como si espacio no hubiera.
José abreva de la fuente,
arrodillado ante ella,
como queriendo rezar
a la santa agüita buena.
Y separa los rumiacos*
que en el liquido se mezclan,
para que no atragantasen
su cuello, como una cuerda.
Las mañanas pasan bien
mirando la roja mela*,
con jota de un tal José
sobre la nalga derecha,
de las ovejas que nunca
se cansan de comer hierba.
Ya era la hora de comer,
porque los perros se acercan
y, nunca hay mejor reloj
que las barrigas hambrientas.
Don José siempre comparte:
le enseñaron en la escuela
a la que nunca fue, que
el dar también alimenta.
Lo mira del lado bueno:
quizás pa' comer no tenga,
pero tampoco tendrá
que limpiarse las boceras*.
Las ovejas a lo suyo
y don José echa la siesta,
soñando, no que era rico,

si no que la vida es bella,
si te sabes conformar
con lo poquito que tengas.
Ya con la tarde avanzada,
se oyó un ruido que se frena;
adelantando la noche,
ennegreciendo la esfera;
maquillando el grande cielo
con pinturas de tormenta.
Llegó pronto el chaparrón:
!por Dios, sálvese quién pueda!
Echó don José a correr
a encerrar a las ovejas.
Vengándose* de hacer todo,
se giró, dando la vuelta,
para iniciar el camino
que a su casa le regresa.
La cosa se puso mal;
perdió el rumbo y la chaqueta,
sobre el vaivén de una rama
que se interpuso indiscreta.
Don José ya se preocupa
por que el camino no encuentra:
de nada valen los ojos
ante la negrura espesa.
A sus perros no les ve,
por que ellos , que si se orientan,
se adelantaron confiados
pensando en que les siguiera.
Se acurrucó entre dos rocas
que su chinostra* cubrieran,
de aquel aguacero que
en vez de mojar, derrenga.
No maldecía su suerte;
sólo aguardaba a la espera,
de que la tormenta pase
y como vino se fuera.

Tan sólo le consolaba,
el que si llueve, no hiela,
aunque ya siente en sus carnes
que el frío de él se apodera.
Y apretándose en si mismo,
por sus familiares reza:
por que si llega a faltarles,
su corazón no les duela.
Al ras de dejar la vida
en una curiosa mueca,
una luz iluminó
el hueco entre las dos piedras
y, se sentía un calor
imposible en esas fechas.
Se incorporó lentamente,
mirando a la compañera,
que compartía cobijo
erguida sobre su vera:
llevaba como el atruevo*
que en carnaval se pusiera
y no se hubiese quitado
por un despiste cualquiera.
Era la virgen María,
con una sonrisa puesta;
con un fulgor como sí
se alimentase de leña.
Se retiró su mantón,
de un claro azul que recuerda,
el cielo de donde viene
aquella mujer tan bella.
Se lo colocó a José
encima de su silueta
y tocó aquella mejilla
que nota que ya caliente.

A la mañana siguiente,
despertó con cinco lenguas:

lengua de sus cuatro perros;
y como no, de su perra.
No sabe si lo soñó
o la experiencia fue cierta.
Era ya un nuevo día;
una mañana estupenda
y mientras se incorporaba
don José cayó en la cuenta,
que unas hebras de hilo azul
de su camisita cuelgan,
como la prueba fehaciente;
como divinas banderas.

- * *PELONA* : Helada.
- * *LLARES*: Cadena en la que se cuelgan los calderos en las chimeneas
- * *PEROLA*: Cazuela u olla grande.
- * *PITERA*: Agujero en un saco, ropa...
- * *AVANTAL*: Bolso que llevaban las mujeres bajo el mandil.
- * *TERONJA*: Lirio azul.
- * *CHISCAR*: Prender.
- * *RENCO*: Cojo.
- * *ACHAPARRARSE*: Espatarrarse, descansar relajadamente.
- * *MOQUERO*: Pañuelo.
- * *HATO*: Ropa y comida que se lleva al campo.
- * *MACHAO*: Hacha.
- * *CORTINA*: Terreno propio cercado con pared de piedras.
- * *ANDURRIAL*: Camino o sendero malo de andar.
- * *AMARISARSE*: Ganado agrupado.
- * *MANDUCA*: Comida.
- * *RUMIACOS*: Planta acuática.
- * *MELA*: Mancha de pintura para distinguir a las ovejas.
- * *BOCERAS*: Suciedad en torno a la boca después de comer.
- * *VENGAR*: Ser capaz de...
- * *CHINOSTRA*: Cabeza.
- * *ATRUEJO*: Disfraz de carnaval.

TE REGALO LA PRIMAVERA

No te regalo una flor,
por que para ti no es nada:
secuestré a la primavera
para que fuese tu esclava.
Tú diadema serán flores;
de musgo sera tú cama,
dónde se despierta el fuego
y se acuesta la palabra.
Pídele que tus ropajes
sean de hojas de las plantas
y que guarden tus caderas
de mis manos y sus palmas,
que ya sabes como son;
que no hay quien pueda con ambas.
Pídele a una enredadera
que te suba a mi ventana
y me golpeé el cristal
para romper esta calma,
que lejos de ser sosiego,
agitaba mis entrañas,
por no poder abreviar
del riachuelo de babas,
que transcurre entre las bocas
en donde dos lenguas nadan;
eso sí, a su manera;
así como entrelazadas.
Pide que nazca sin pinchos
todo tallo de las zarzas
y, trezándolos con mimo,
nos haremos una alhaja
para el cuello y las muñecas;
como la joya más cara.
Pide tulipanes negros

y pide rosas doradas,
para que cubran el techo
de nuestra preciosa casa,
que será una madriguera
bajo la tierra escarbada.
Se tornarán, a raíces
sedientas, nuestras pisadas,
sabiendo que separados
anduvimos a la nada.
Pediremos un gran tronco
que nos sirva como espalda,
donde graven corazones
el zagal y su zagala.
Pediremos una copa
de gran esplendor poblada,
en donde aniden gorriones
que cantan a las mañanas;
que cuantos más trinos oyen,
nos amanecen más claras.

BATIR

Batir del pétalo muerto:
nacer tiene desventajas.
Dos patas más se clavaron
las cobardes de las camas.

Sin saber nadar, por mar
es por dónde más se ataja
y, si es por los sentimientos,
es soltera la casada.

Antifaz en romería,
mármoles de sucia cara;
destiñe bandera adulta
lágrimas sobre la playa.

Las pestañas con su filo,
parpadean con cruel saña;
envidiadas por cuchillos,
envidiadas por las dagas.

Cimentos descimentados
con interior de morralla;
amortajados los críos
se acunan entre las ratas.

Nieve con cara de ángel
cae desde la peana,
cayéndole en el infierno
al diablo sobre la cara.

¿Cómo sobrevivió, flor;
la que creció entre cizaña?
Como todas: agua y sol.
¿Cómo todas?... !Con más ganas!

LA ESTAMPA

Se ha quemado las pestañas
con el fuego de sus ojos:
son daños colaterales
de ser un ser tan precioso.
Entró sin disimular
en mi pecho y me dio el robo;
se llevo mi corazón,
dejándome el hueco sólo,
que lo uso para guardar
una estampa con su rostro,
como si fuese la santa
que me trajo de retorno,
a este mundo y no sentirme
tan sólo como un estorbo.
Han intentado comprarme
-pero no acepto sobornos-
el secreto de sus labios
abrasadores y rojos.
Te lo diré: ha sido el fuego
que se sentía envidioso.
Que nunca he sido guerrero;
pero merezco el reposo,
por haber sobrevivido
sin caerme, en el otoño
en que nada en pie quedó.
yo conseguí el mayor logro,
y por saber aguantar
me dan más de lo que otorgo.
No necesito diamantes
ni cordilleras de oro:
tengo lo que necesito
y mirándola me embobo.

Flores crecen a su paso
y se flexionan los troncos,
para hacer la reverencia,
a esta, mi reina sin trono.
Hoy que por fin cogí en tren,
no pienso en hacer transbordo:
no me importa llegar lejos;
sólo estar con mi tesoro.
No me canso de beberla;
siempre apetece otro sorbo;
y es que cuando tienes miel
es normal el ser goloso.
Quién le iba a decir a este
truhán de bolsillos rotos,
que encontraría la lumbre
dónde nunca hubo rescoldos.
Quién le iba a decir a este
portador de pulga y piojo,
que alguna vez a su invierno
llegaría aquel agosto.

DESPEDIDA

Cuando se enredan los sesos
y se acaban las ideas,
hay que cerrar el tintero
hasta que las musas vuelvan
a dormir sobre el papel
dónde la pluma navega:
primero habrá que marcharse
para preparar la vuelta.
Si nunca pasa el invierno,
no llega la primavera.
No se puede ser soldado
esperando en la trinchera
a que la guerra pasase
sin hacer nada por ella.
Hay que matar o morir;
lo mismo para las letras:
las palabras no son nada
si no sabes sorprenderlas.
La paciencia es la virtud
y, la virtud alimenta;
pero somos impacientes;
y esperar, una condena.
Pero a veces es así,
tanto quieras o no quieras.
Me dedicaré al arte
de darle rojo a la fresa,
amarillo en el limón
y verde para la pera.
Con glóbulos de sanguina
y el lienzo hecho de la tela
del pantalón de un pastor
y lana de sus ovejas.
Lo pintaré con pincel

hecho de pelo de perra,
que no abandona a su amo
ni cuando este la golpea.
Recrearé los paisajes
que no existen; que se sueñan;
por que son, tan, tan preciosos
que no saben de planetas.
Moldearé a los colores,
en rebujo, en la paleta
que serré de mi ataúd
para coger su madera.
Allí estarán los que existen
y también los que se inventan:
los que no se han inventado,
la imaginación los mezcla.
Esto es tan sólo un retiro
y dejo la puerta abierta,
para volver aquel día
en que menos te lo esperas,
con la transfusión de tinta
que necesitan mis venas;
hoy que mi mano está inerte,
hoy que mi boca está seca.
Nos veremos tú y yo;
nos veremos a mi vuelta,
sacrificando un papel
como la mejor ofrenda.

FIN